



Hay tiempos en que la ciudad muta compulsivamente. Las calles-las tiendas-las señales-las flechas, todo se vuelve un mientras tanto. Algunos lugares cambian de nombre cuando no es posible cambiar otra cosa. Un espasmo se apodera del día a día. Las tardes se vuelven un gran sobresalto: el miedo a que te arranquen tus lugares, a que el café haya sido invadido por buhoneros, a que otro amigo esté haciendo maletas. Y en el fondo, el deseo de que la piqueta se lleve también paisajes indeseados. La ciudad se contorsiona y yo con ella. Qué más le queda a una transeúnte caraqueña, un cierto personaje que surfea en mares de gente dos veces al día. Sólo la montaña permanece, aparentemente imperturbable: el norte.

Si alguna vez dejara “el pie del Ávila” creo que voy a preferir la amnesia. No me gusta ese vivir hacia atrás en que parecen hundirse quienes se van. Me

Recorridos

resultan patéticas esas llamadas que nos someten a ciertos absurdos interrogatorios: “¿Y cómo está... (póngase aquí cualquier lugar, Sabana Grande, la plaza Bolívar o Altamira, el parque del Este)? ¿Desde cuándo no ves a... (cualquier personaje del que no has sabido ni quisieras saber en décadas)”. ¿Y cómo responder? ¿Con la propia nostalgia? Podría decir que la ciudad ya no es lo que era. Seguramente al otro le gustaría escuchar que desde que se fue las cosas han cambiado mucho. Por alguna razón, cuando uno deja un lugar le gusta escuchar que ya no es lo que solía ser, como si en el fondo le acompañara la fantasía de que todo ha cambiado porque ya uno no está, porque al fin y al cabo se era parte del entramado, la mariposa que movió la alas en Australia y cambió la ecología del Amazonas.

Podría decir que el *Abra Solar* de **Alejandro Otero** se lo llevaron, no se sabe quién; no como el Colón, claro, que fue de una vez, sino de a pedazos, y que la Plaza Venezuela, “definitivamente ya no es lo que era”. Y rematar: “No sé si conociste la esfera de la autopista; bueno, también de a pedacitos. A alguien le gustó tanto el regalo de **Soto** que se la quiso llevar a su casa; al fin y al cabo, era de él ¿no? Los *Soto* de Chacaíto todavía sobreviven, tranquila... venidos a menos, pero ahí están. Y de la *María Lionza*, mejor ni hablar: ya dicen que es pavoso, y como de que vuelan, vuelan...”.

Pero detesto la nostalgia, constructora pirata de imaginaciones. Y en vez de eso me empeño en contestar que entre marzo y mayo todavía las calles se cubren de una florecita blanca y una alfombra olorosa envuelve la ciudad. Si lo preguntas, casi nadie sabe el nombre del árbol que se desparrama. No es necesario conocer lo que no se va a escapar.

La ciudad ya no es lo que era, y no me importa. Caracas se mueve como una muchacha de Sabana Grande. Esa que me llama “tía” cada vez que me pide dinero. Y yo, que detesto la responsabilidad a juro, le digo que no me llame así, pero ella sigue sin hacerme caso. Solitaria y eterna transeúnte de lo que alguna vez fue un bulevar (“Nombre que se da a ciertas calles, generalmente anchas y con árboles”, según el *DRAE*), la adolescente se acostumbró a verme como una de su familia, y quizás en verdad debería hacerme cargo de un bulto que todos parecemos empañados en escurrir.

Vivo convencida de que nadie extraña de Caracas otra cosa que la montaña interminable, y aunque no suelo extrañar mucho, algo que añoro de otros tiempos son aquellas conversaciones sobre el Ávila: cómo amaneció hoy, si la lluvia lo está reverdeciendo, si está despejado, o si por el contrario, hace demasiados días que las nubes se empañan en taparlo. En verdad, me alegro de que nada se haya quedado en el mismo lugar, porque si alguna vez me mudo no habrá mucho que extrañar, ninguna nostalgia será capaz de fabricar ensueños. Presiento que no me hace falta más nada que una gran ventana por donde entre el verde, para que no se me acabe el asombro y pueda vivir día a día de lo que es y no de lo que fue. ☺

Fanny Díaz

fannydiaz@fannydades.com